

mientos sensacionales en el orden de evangelización, lo cual, sin embargo, no justifica que lo pasemos por alto. Muy al contrario, porque en él es cuando podemos señalar con datos documentales que quedó trazado el camino que debía seguir la evangelización de Nueva España, esto es, una evangelización nada oscurantista, sino civilizadora y, sobre todo, incorporadora, como se había repetido tantas veces en la península ibérica, con sus escuelas para los indios antes que para los criollos o mestizos, con la buena disposición de los misioneros a aprender la lengua o lenguas vernáculos y con la alfabetización de las mismas, de cuyo sentido trascendental es hoy día un tanto difícil que nos demos cuenta cabal, y mucho más de los enormes esfuerzos que debió costar a sus primeros emprendedores. Y si no fuera por ellos, el genio de los antiguos mexicas hubiera desaparecido para siempre, llevándose consigo sus legados del pasado, ya que no hubiera recibido aquel golpe de gracia que le dio una soltura poco común, haciéndole posible elaborar una literatura tan abundante en náhuatl o en español que nos autoriza a hablar con razón de una generación de escritores indios o mestizos a raíz de la conquista, a la vez tan interesante desde diversos puntos de vista, y útil para diversas disciplinas científicas en torno a temas prehispánicos.

*Desarrollo de la educación misionera: educación para hijos de la minoría directora*

Cronológicamente, la educación de los hijos de caciques y principales fue la primera que se puso en práctica en Nueva España. A "algunos hijos de principales" de Tetzcoco es a los que Pedro de Gante y sus compañeros recogieron para enseñarles "a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales, y la doctrina cristiana".<sup>250</sup> Es curioso observar aquí que tal educación minoritarista para grupos dirigentes de la sociedad indígena coincidía con la política educativa de la Corona, que, según hemos visto líneas atrás, en las Leyes de Burgos del 23 de enero de 1513 disponía que hiciesen "mostrar un muchacho, el que más hábil de ellos les pareciere, a leer y a escribir las cosas de nuestra fe" y que "todos los hijos de los caciques. . . se den a los frailes de la orden de San Francisco. . . para que los dichos frailes les amuestren leer y escribir y todas las otras cosas de nuestra santa fe". Por carecer de datos aclaratorios, no podemos determinar si esta coincidencia fue fortuita o intencionada, es decir, si la primera docencia de los tres flamencos en Tetzcoco fue fruto de las fuerzas coactivas de la situación del país de aquel entonces que ya conocemos, u obra de premeditación de acuerdo con informes previamente adquiridos por los mismos. ¿Acaso los tres flamencos habían llegado a Nueva España con conocimiento previo de esta voluntad de la Corona? ¿Tal vez se habían enterado de la misma en España o en Santo Domingo? Puede ser que sí, pero carecemos de manera de comprobarlo. Fuese lo que fuese, creemos que fue bastante significativo para el desarrollo posterior de la educación misionera en Nueva España el hecho de que ésta comenzase con la instrucción de los hijos de la minoría dirigente de la sociedad indígena, puesto que de esta manera apuntaba, desde un principio, a la enseñanza superior por incluir en su currículum el leer y el escribir, que son la puerta a aquélla. Ya sabemos que pronto se sumaron a reforzar este principio de educación minoritarista la ordenanza de Cortés y el propósito firme de los "doce".

<sup>250</sup> Mendieta, 1971, p. 608.

Al principio de este apartado, hemos visto cómo a pocos días de llegados a la capital de Nueva España, tuvieron los "doce" con los principales y sacerdotes indígenas una serie de entrevistas, en las que les manifestaron su propósito de hacer cargo de educar a sus hijos niños y mozuelos. Su condición privilegiada les permitía tener tal firmeza en la exposición de su intención. Eran ellos expedicionarios apostólicos de carácter oficial tanto de la corona española como de la Santa Sede, y su jefe, Martín de Valencia, venía investido de "toda la autoridad plena del Sumo Pontífice". Esto les proveía, desde luego, de mayor libertad y autoridad en sus actividades que a los tres flamencos precursores que habían venido sólo con el permiso de su prelado de la orden y la aprobación del Emperador. Al mismo tiempo, la autoridad civil ahora se obligaba de modo también oficial a prestar a los "doce" su protección y su favor en cuanto les fuesen necesarios. La diferencia que hay entre el caso omiso que Cortés hizo de Gante y sus compañeros, y la ceremoniosidad con que recibió a los "doce" es bien elocuente.

Otra ventaja tenían los "doce": la de contar con las experiencias valiosas de sus hermanos tanto de las Islas —permanecieron, por ejemplo, en la Española seis semanas—,<sup>251</sup> como de Tetzoco. Cuanto habían oído y visto les había convenido, se supone, de lo útil que resultaba para la misión la educación de niños. Desafortunadamente, no conocemos las impresiones que tuvieron los "doce" al ver a los niños educados en los monasterios de las Islas o a los tetzococanos enseñados por Gante y sus compañeros. El cronista Ixtlilxóchitl se limita a hablarnos del "espanto" que les causó el ver cómo el señor Ixtlilxóchitl "se derretía en lágrimas" al oír la misa cantada que dijeron los recién llegados.<sup>252</sup> En todo caso, creemos no equivocarnos mucho al suponer que la petición de los religiosos de que les fuesen encomendados los niños para su instrucción, se hizo con una sólida convicción de quienes no dudaban de la eficacia que se podía esperar de la educación de niños. Efectivamente, iban a tomar "por primero y principal ejercicio congrega y erigir seminarios de niños. . . como obra inspirada por el Espíritu Santo".<sup>253</sup>

La obra educativa de niños indios iniciada en Tetzoco por los tres flamencos fue heredada y proseguida por los "doce". A tal efecto, una vez divididos en cuatro grupos, y cada uno establecido en su lugar de trabajo —los primeros establecimientos eran México, Tetzoco, Tlaxcala y Huexotzinco—, dieron comienzo a la construcción de escuelas en la forma siguiente: ". . . habiendo tomado su asiento en los sitios que más cómodos les parecieron, dieron orden con los indios principales cómo junto a su monasterio edificasen un aposento bajo en que hubiese una pieza muy grande, a manera de sala, donde se enseñasen y durmiesen los niños sus hijos de los mismos principales",<sup>254</sup> y "junto a esta grande sala, se hicieron otras pequeñas para lo que les fuese necesario de su servicio, que en conclusión era una manera de colegio".<sup>255</sup> A partir de entonces se hizo norma general el que no faltase escuela donde hubiese franciscanos. El monasterio franciscano y la escuela constituyeron en adelante una unidad inseparable, lo cual llegó a convertirse pronto en un rasgo característico de la orden de los menores, pues ya

<sup>251</sup> Motolinía, 1969, p. 126.

<sup>252</sup> Ixtlilxóchitl, 1965, t. I, p. 399.

<sup>253</sup> Mendieta, 1971, p. 258.

<sup>254</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>255</sup> Torquemada, 1969, t. III, p. 28.

en una carta que escribió Zumárraga —éste siguió siendo tan franciscano como antes aun después de haber sido elevado a la silla episcopal—, el 12 de junio de 1531 se lee lo siguiente: “cada convento de *los nuestros* tiene otra casa junto para enseñar en ella a los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio y una devota capilla”.<sup>256</sup> Esta tradición de escuela-monasterio se mantuvo a lo largo de todo el siglo XVI, como se desprende de una serie de testimonios de los contemporáneos. Al escribir a Felipe II en junio de 1558, Gante le informaba de que en cada una de las casas de su orden, había escuela.<sup>257</sup> Luego, una relación que describe la provincia del Santo Evangelio en el año 1570 dice lo siguiente: “En todos los pueblos de la Nueva España adonde residen religiosos (a lo menos de esta orden de San Francisco) hay escuelas, las cuales comúnmente se suelen edificar dentro del circuito que tienen los frailes, y pegadas con la iglesia, a la parte del norte”.<sup>258</sup> Mendieta, que escribió su obra un poco más tarde, nos informa: “A un lado de la iglesia que es comúnmente a la parte norte, porque a la del mediodía está el monasterio, está en todos los pueblos edificada una escuela”,<sup>259</sup> frase que luego copia casi textualmente Torquemada en su *Monarquía Indiana*.<sup>260</sup>

Estas “piezas muy grandes” se vieron poco más tarde habitadas por numerosos niños hijos de los señores y principales comarcanos. Motolinía dice que se educaban “trescientos y cuatrocientos y seiscientos y hasta de mil” niños.<sup>261</sup> Mendieta lo repite en cifras semejantes.<sup>262</sup> En su carta al Emperador de 1532, Gante dice: “se ha hecho dentro del sitio o corral de nuestra casa una escuela y capilla do continuamente cada día se enseñan quinientos y seiscientos muchachos”.<sup>263</sup> Por el mismo tiempo Zumárraga corroboraba dicha cifra, diciendo que Gante tenía “diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños”.<sup>264</sup> Durante los primeros años de educación franciscana, quinientos o seiscientos parece que era el número medio de alumnos internados que solía haber no sólo en la escuela de San Francisco de México, sino también en las demás a cargo de los frailes menores. Nuestro supuesto se basa en el siguiente testimonio que debemos a Martín de Valencia, que escribió esto en 1531: “Son estos [niños] instruidos de nuestros frailes, y en vida y costumbres religiosamente criados en nuestros conventos, que cuasi veinte tenemos ya edificados. . . En otras casas que también han edificado junto a nuestros conventos, tenemos más de quinientos niños, en unas poco menos y en otras muchos más. . .”<sup>265</sup> Aunque los frailes mismos eran pocos, en esta forma podían contar con un número bastante alto de ayudantes para sus múlti-

<sup>256</sup> García Icazbalceta, 1947, t. II, p. 307. El cursivo es nuestro. Desde luego, esto no fue siempre exclusivo de los franciscanos. El agustino Diego de Basalenque habla de la fundación de Tiripitío en la forma siguiente: “Ordenada la policía del pueblo, trataron del edificio de la iglesia y alrededor de ella todo lo que le pertenecía. Hacia el mediodía el convento, al oriente el hospital, al norte la escuela de cantores y de muchachos para leer y escribir, al poniente el cementerio con sus capillas donde los niños aprenden la doctrina” (*Crónicas de Michoacán*, 1940, p. 66).

<sup>257</sup> García Icazbalceta, 1941 (b), p. 216.

<sup>258</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>259</sup> Mendieta, 1971, p. 418.

<sup>260</sup> Torquemada, 1969, t. III, p. 111.

<sup>261</sup> Motolinía, 1969, p. 108.

<sup>262</sup> Mendieta, 1971, p. 217.

<sup>263</sup> *Cartas de Indias*, 1877, p. 52.

<sup>264</sup> García Icazbalceta, 1947, t. II, p. 308.

<sup>265</sup> Mendieta, 1971, p. 601.

ples trabajos gracias a este sistema educativo conventual, como veremos pronto.

De estas escuelas franciscanas, si la de Tetzco se lleva la palma de haber sido la primera en Nueva España, la mayor reputación por sus actividades varias y perseverantes le corresponde a la de San Francisco de México, edificada "a las espaldas de la capilla mayor de la dicha iglesia [de San Francisco]". Fundada en 1525 por Martín de Valencia,<sup>266</sup> que se había quedado como custodio en la capital, pronto, sin embargo, debió ser encargada principalmente a Gante que a fines de 1526 o a principios del año siguiente se trasladó de Tetzco a México, adonde venía para quedarse durante todo el resto de su larga vida, excepto una corta temporada pasada en Tlaxcala. El lego franciscano vendría ya por entonces convencido de que su oficio era "predicar y enseñar día y noche" a los niños indígenas, como escribió dos años más tarde.<sup>267</sup> De hecho, se entregó a su vocación docente con tal entusiasmo que en 1552 pudo escribir a Carlos I con cierto orgullo o satisfacción, diciendo: "y yo he trabajado con ellos de día y de noche más ha de treinta años, estando continuamente con ellos en una escuela que está junto con esta capilla".<sup>268</sup> Su larga experiencia y su profunda convicción de haberse empleado en una causa justa y merecedora le enaltecían inconteniblemente y su pluma no podía a veces menos de soltar frases como la siguiente cuyo tono sonaba un tanto irrespetuoso: "justa cosa es que se me conceda la merced, atento a lo mucho que he trabajado con ellos [los indios]", advirtiendo al Emperador a la vez: "que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina".<sup>269</sup> La relación franciscana de 1570 se suma a informarnos: "y de esta escuela tiene cargo fray Pedro de Gante, el cual vino a esta tierra habrá cuarenta y seis años antes que llegasen a ella los primeros doce que envió el Emperador. . . y ha perseverado en instruirles [a los indios] y aprovecharlos hasta el día de hoy que vive de edad de noventa años".<sup>270</sup> Aquí tenemos a la vista una vida de dedicación completa para el bien espiritual y la elevación cultural de los hijos de la raza vencida.

Una vez recogidos de esta manera los hijos de señores y principales, los franciscanos tuvieron por bien para su educación valerse del modo y la disciplina que habían regido antaño la institución mexicana del calmécac.<sup>271</sup> Efectivamente, comparándose con la enseñanza catequística en el patio de la que haremos pronto mención, la educación franciscana en las escuelas-monasterio nos recuerda la tradición del calmécac. Así, pues, los niños alumnos fueron sometidos al régimen de vida monacal de sus maestros. Se les enseñó a levantarse a medianoche para rezar los maitines de Nuestra Señora y, al amanecer, sus Horas. Hasta se les enseñó a disciplinarse con azotes de noche y a tener oraciones mentales.<sup>272</sup> En una cita

<sup>266</sup> Ricard, 1947, p. 376.

<sup>267</sup> García Icazbalceta, 1954, p. 104.

<sup>268</sup> *Cartas de Indias*, 1877, pp. 98-99.

<sup>269</sup> *Ibid.*, pp. 99-100.

<sup>270</sup> García Icazbalceta, 1941 (b), p. 6.

<sup>271</sup> Sahagún, 1969, t. III, p. 161.

<sup>272</sup> *Loc. cit.* Sólo a título de dato de referencia, daremos abajo una descripción del horario que se guardaba entre los franciscanos del siglo XVII:

"A medianoche, como es costumbre en nuestra Religión Seráfica, se levantan los religiosos a maitines, que rezan con devota pausa; después de éstos, rezada la letanía de Nuestra Señora, se tiene una hora de oración mental, indispensable; y se conserva esta santa tarea con tal tesón que sólo pausa el triduo de Semana Santa y la mañana alegre de la Resurrección, que son los maitines a las 4.

anteriormente transcrita, decía Martín de Valencia que los niños eran "en vida y costumbres *religiosamente* criados en nuestros conventos".<sup>273</sup> Durante los primeros años, los niños se mostraron dóciles y se adaptaron muy bien a tal modo de vivir, haciendo "mucho de éstos algunos ayunos, disciplinas y continuas oraciones, derramando lágrimas y dando muchos suspiros", según describe Zumárraga.<sup>274</sup>

La imposición del régimen de vida monástico a los niños indígenas no debe utilizarse para acusar a los frailes de severos y poco comprensivos para con sus discípulos. Antes bien, nos inclinamos a vislumbrar en ella el primer atisbo de la ingenua esperanza y deseo de unos frailes de que sus alumnos se mostrasen idóneos para la vida de religioso, esto es, todo apuntaba a la formación del clero indígena. Lo cual, dicho de otro modo, prueba una vez más que los frailes veían en los indios unos seres humanos con las mismas posibilidades de desarrollo intelectual, cualidades y dotes que en sus compañeros europeos. Y efectivamente, hubo ensayos de formar religiosos de estos alumnos indios, a los cuales nos referiremos más adelante. Nosotros, además, que ya conocemos la vida en el calmécac, nos damos cuenta de que los frailes eran incapaces de practicar la misma austeridad y rigurosidad que los sacerdotes mexicas de la mencionada institución docente. Los niños educandos no eran ahora compelidos a duras faenas ni sometidos a los "bravos" castigos por el menor error o descuido en el cumplimiento de los preceptos. Más bien, los frailes pecaron de "jercitar con ellos la blandura y piedad".<sup>275</sup> No negamos que hubo algunos frailes que se mostraban partidarios de

A las 5:30 en verano y a las 6 en la mañana en invierno, se dice prima, y en saliendo, se van a decir misa, unos después de otros, en que se pasa largo tiempo. A las 8 se rezan las tres horas menores y se dice la misa conventual. Ordenan las bulas apostólicas después de nona se tenga conferencia de los idiomas o de teología mística, si no hubiere confesiones que oír; que en tal caso da facultad al Guardián para que la dispense. Son tantas y tan continuas las confesiones que ocurren de dentro y fuera del lugar, que aun ocupando toda la mañana llega la hora de mediodía sin acabar la penosa tarea. Y fue loable costumbre, desde el principio, no despedir penitentes sin que vuelvan consolados, aunque sea desacomodado el tiempo o en la ocasión más precisa. En acabando de comer la comunidad, algunos días que no se va con el psalmo a la iglesia, se lavan los platos de la comida, y ningún día, por fiesta que sea, faltan de ir muchos religiosos a rezar en la iglesia la estación del Santísimo u otros ejercicios devotos, que a cada uno su piedad le inspira.

De aquí se van a recoger con religioso silencio hasta vísperas, que rezan con la misma gravedad y devoción que el demás oficio. Al salir del coro, se va derechamente a la conferencia de materias morales para administrar con cierto el sacramento de la penitencia. Después de la tercera semana de cuaresma y todo el tiempo pascual, pausa esta conferencia por el inagotable concurso de penitentes que vienen de muchos lugares a confesarse; siendo así que con los de Querétaro sobraba para ocupar todos los confesores del Colegio. Suelen quedar de ordinario dos horas y media de tiempo para el estudio, y no las logran los que van a confesiones de enfermos. . . A las 5:30 se siguen completas, la letanía y una hora entera de la oración mental, que se concluye rezando en cruz la estación del Santísimo Sacramento. De allí se baja al refectorio a la cena, y acabada, van todos a cantar la Tota Pulchra a la Concepción Purísima, con otras devotas oraciones por el bien de la Iglesia Santa, por los navegantes, extirpación de errores, por enfermos y lluvias y otras necesidades del pueblo cristiano. Se hace después la disciplina en los días que toda la Religión lo ordena, y en el espacio que resta hasta tocar a silencio, que es a las 8 se reconcilian los que quieren, y otros visitan los altares o se ocupan en algún virtuoso ejercicio. Tocado silencio, todos se retiran a las celdas, con que se cierra en estas ocupaciones un virtuoso círculo" (Espinosa, 1964, pp. 173-174).

<sup>273</sup> El cursivo es nuestro.

<sup>274</sup> García Icazbalceta, 1941, t. II, p. 307.

<sup>275</sup> Sahagún, 1969, t. III, p. 161.

infligir castigos corporales a los niños como Martín de Valencia y Mendieta, práctica por lo demás frecuente a la sazón de acuerdo con el lema pedagógico "la letra con sangre entra". Pero no faltaban otros como Francisco Jiménez, que, a pesar de que veneraba mucho al primero de los mencionados, nunca se pudo "mucho aplicar a los castigar". Y ante todo, en las escuelas franciscanas ya no existió aquella severidad que había mantenido muy tensa la disciplina del calmécac, e incluso la moral en la vida general de los mexicas. Por consiguiente, a medida que se fue perdiendo con el transcurso del tiempo el recuerdo de la disciplina rigurosa e implacable de los tiempos precortesianos, los alumnos se volvían cada día más intolerables para los frailes, hasta que por fin Sahagún tuvo que confesar, diciendo: "Ya tampoco nosotros nos podemos apoderar con los que se crían en las escuelas".<sup>276</sup> Antes bien, se necesitaría mucha más severidad, austeridad y ascetismo para contener la "briosa sensualidad" de los muchachos educandos. Aunque aparte cabe sospechar que para explicar tal rebeldía de los mismos hubiese otros factores psicológicos mucho más complejos, de los cuales haremos mención adelante.

Junto con un régimen de vida monacal, se les impuso a los niños alumnos un programa de estudio que no les dejaba ociosos un momento del día. Según la descripción de Mendieta, los niños no volvían a acostarse después de rezar los maitines, sino que eran conducidos al aula, donde estudiaban hasta la hora de misa, y después de oída la cual, seguían de nuevo sus estudios hasta la hora de comer. Después de la comida, descansaban un rato, y luego volvían a la escuela para continuar estudios hasta la tarde.<sup>277</sup> Imaginémonos lo intensiva o casi febril que fue la instrucción a la que estaban sometidos los alumnos cuya finalidad consistía, por supuesto, en desvincularlos y hacerles olvidar en cuanto fuese posible las costumbres de sus antepasados, "sus sangrientas idolatrías y excesivos sacrificios" al decir de Gante. La vigilancia de los religiosos era constante para que los alumnos no tuviesen ningún contacto con el mundo exterior: "en todo el día no se apartaban de ellos algunos de los religiosos, trocándose a veces, o estaban allí todos juntos. Y esto era lo ordinario".<sup>278</sup> Nos hemos referido en nota anterior al horario de la vida franciscana, y comparando éste con el que acaba de mencionarse, queda claro que la diferencia entre ambos eran los ejercicios de uno y los estudios de otro.

La materia de enseñanza eran el leer, el escribir, el cantar y la doctrina cristiana. Esta última consistía en enseñarles el signarse y santiguarse, el rezar el *Paternóster*, el *Ave María*, el *Credo* y la *Salve Regina*, seguidos por la explicación sobre la existencia de un solo Dios Creador de todo, los gozos del paraíso y los horrores del infierno, el misterio de la Encarnación, la Virgen María como madre de Dios y abogada e intercesora del hombre ante Dios y otras nociones importantes del cristianismo. Creemos que la presentación de la doctrina siguió la pauta trazada en los *Coloquios* que ya conocemos celebrados entre los "doce" y los señores y sacerdotes mexicas a raíz de la llegada de aquéllos, cuyos temas son también conocidos.

El desconocimiento del náhuatl forzó en los primeros días a los religiosos a enseñar a sus alumnos todas las oraciones en latín, y a explicarles la doctrina por

<sup>276</sup> *Loc. cit.*

<sup>277</sup> Mendieta, 1971, p. 218.

<sup>278</sup> *Loc. cit.*

medio de señas.<sup>279</sup> Pero este inconveniente se remedió a poco tiempo, ya que algunos de los frailes se adelantaron tan rápido en el aprendizaje del idioma que "al cabo de medio año" empezaron a "hablar y entenderse razonablemente con los indios".<sup>280</sup> El caso más típico de Gante queda referido en nota anterior.

Al empeño y la entrega de los frailes maestros, sus discípulos de "tenacísima memoria, dóciles y claros", al decir de Martín de Valencia, supieron corresponder con gran provecho y en forma muy prometedora. Del leer y escribir, nos hemos ocupado al hablar de la alfabetización del náhuatl y su rápida difusión. Bástenos con lo dicho. El canto era, desde un principio, una asignatura de primera importancia e interés para los frailes. La razón es sencilla: era un elemento que no podía faltar a la celebración de cualquier oficio religioso. Es muy conocida la buena contribución que hizo en la enseñanza de la música fray Juan Caro, "venerable sacerdote viejo" y colaborador de Gante en la escuela de San Francisco de México. Ni él sabía nada de la lengua de sus alumnos, ni éstos de la de su maestro, quien, no obstante, logró darse a entender a base de bondad y perseverancia y enseñarles el canto llano así como el de órgano.<sup>281</sup> El éxito de la enseñanza de música tanto en el cantar como en el tocar instrumentos fue rotundo. Si Gante escribe el 31 de octubre de 1532 al Emperador, diciendo: se habían ya formado "cantores que podrían cantar en la capilla de V. M., tan bien que si no se ve, quizá no se creerá".<sup>282</sup> Mendieta anota en su libro lo siguiente: "No hay pueblo de cien vecinos que no tenga cantores que oficien las misas y vísperas en canto de órgano con sus instrumentos de música. Ni hay aldehuela, apenas, por pequeña que sea, que deje de tener siquiera tres o cuatro indios que canten cada día en su iglesia las horas de Nuestra Señora".<sup>283</sup> El alto grado que los indios alcanzaron en el aprendizaje de la música europea se desprende sin dificultad de aquel caso que cuenta Motolinía de un indio de Tlaxcala que compuso "una misa entera, apuntada por puro ingenio, aprobada por buenos cantores de Castilla que la han visto".<sup>284</sup> Al mismo tiempo, la difusión de los instrumentos de música fue tal que Mendieta escribe en un tono un tanto exagerado: "en todos los reinos de la cristiandad (fuera de las Indias), no hay tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, orlos, trompetas y atabales como en sólo este reino de la Nueva España. Órganos también los tienen todas cuasi las iglesias donde hay religiosos".<sup>285</sup>

Sin embargo, el éxito más sorprendente y trascendental que se obtuvo de esta educación intensiva de los hijos de señores y principales no fue ni la alfabetización del idioma náhuatl y su aprendizaje por la población indígena, ni tampoco la formación de buenos cantores y músicos provechosos para el culto de la Iglesia, sino el que los niños educandos se convirtieran en un medio eficacísimo para la promoción del apostolado y al mismo tiempo una terrible arma ofensiva contra la religión prehispánica. Dicho en otras palabras, de las escuelas-monasterio de los franciscanos empezaron a salir a los pocos años de su función cientos de muchachos que en el pleno sentido del término podemos llamar revolucionarios, o,

<sup>279</sup> *Loc. cit.*

<sup>280</sup> *Ibid.*, p. 224.

<sup>281</sup> Motolinía, 1969, pp. 169-170.

<sup>282</sup> *Cartas de Indias*, 1877, p. 52.

<sup>283</sup> Mendieta, 1971, p. 412.

<sup>284</sup> Motolinía, 1969, p. 170.

<sup>285</sup> Mendieta, 1971, pp. 412-413.

dada su animosidad característica de la juventud, hasta destructores de la sociedad de sus mayores, como de hecho así resultaron. Con la aparición de tal juventud, la evangelización del país entró en una nueva etapa, ya que a partir de estos momentos, dejó ella de ser una acción que sólo desde por fuera podía operar sobre el mundo indígena. Contaba ahora con una especie de quinta columna, que digamos, dispuesta a arremeterlo desde dentro para una causa común en colaboración con los religiosos. Una educación que proveyó a éstos de tales ayudantes fue verdaderamente un gran acierto de los mismos, para quienes merecía ser llamado obra inspirada por el Espíritu Santo, según Mendieta anotaba, como hemos visto en nota anterior.

Al igual que en el leer, el escribir y el cantar, tampoco en el orden de instrucción religiosa tardó mucho en madurar el fruto. Ya en junio de 1529, es decir, sólo a dos años y medio aproximadamente de encargada la escuela de San Francisco de México a Pedro de Gante, éste podía escribir a Flandes lo siguiente: "Los domingos salen estos muchachos a predicar por la ciudad y toda su comarca, a cuatro, a ocho o diez, a veinte o treinta leguas anunciando la fe católica".<sup>286</sup> Llevarían consigo hojas de papel amate en que estaban escritos los sermones que su maestro les había "compuesto y concordado" a tal efecto, trabajando día y noche.

La idea de valerse de niños indios como agentes de predicación a fin de suplir la escasez de religiosos no fue ocurrencia fortuita y posterior en vista del buen rendimiento de la educación en las escuelas-monasterio, sino que al contrario había sido el propio móvil de la misma. Recordando los primeros días de apostolado, en 1558 escribía el mismo Gante a Felipe II las siguientes palabras: "y con ella [la lengua náhuatl] procuramos de recoger los hijos de los principales y señores y enseñarles la ley de Dios, para que ellos consiguientemente la enseñasen a sus padres y madres y a todos los demás". Poco después, los "doce", convencidos de lo acertada que les pareció dicha idea, la repitieron en sus *Coloquios* con los señores y principales indígenas: "porque vuestros hijos, como niños y tiernos en la edad, comprenderán con más facilidad la doctrina que les enseñaremos. Y después ellos a veces nos ayudarán enseñándoos a vosotros y a los demás adultos lo que hubieren deprendido". Dicho de otro modo, la educación de los hijos de señores y principales estuvo, desde un principio, planteada en términos claros e inconfundibles: proveerse los frailes de ayudantes útiles y eficaces para el apostolado.

Los alumnos no traicionaron la esperanza de sus maestros y salieron muy bien aprovechados de su educación. Motolinía se llenaba de alegría al ver que: "estos niños, que los frailes criaban y enseñaban, salieron muy bonitos y muy hábiles, y tomaban tan bien la buena doctrina, que enseñaban a otros muchos".<sup>287</sup> De estos niños, los que ya "entendían muy de raíz las cosas de nuestra fe... y se mostraban muy hábiles" fueron pronto colocados al frente de la evangelización en compañía de los frailes. Éstos les comunicaban lo que habían de decir, a lo cual los niños predicadores a veces agregaban otras cosas por su iniciativa y se dirigían al público. Hablaban sin cometer falta alguna y "con tanta autoridad, energía, exclamaciones y espíritu" que causaban harta envidia a los religiosos, quienes estaban a su lado atentos a lo que iban diciendo.<sup>288</sup> Aunque no conocemos ningún

<sup>286</sup> García Icazbalceta, 154, p. 104.

<sup>287</sup> Motolinía, 1969, p. 19.

<sup>288</sup> Mendieta, 1971, pp. 225-226.



ejemplo de estos sermones predicados por los niños preparados, se nos permitirá suponer que la gran tradición retórica a cuyo fomento habían sido tan dados los pipiltin no estuvo ajena a tal éxito de niños predicadores, que eran, ciertamente, hijos de los antiguos alumnos del calmécac, donde se había enseñado con esmero el tecpillatolli, "el lenguaje culto". Tampoco se perdió pronto el hábito de aprendizaje mnemotécnico practicado en la misma escuela prehispánica, pues "tenían tanta memoria, que un sermón o una historia de un santo de una o dos veces oída se les quedaba en la memoria, y después la decían con buena gracia y mucha osadía y eficacia".<sup>289</sup>

Además de la elocuencia y la buena memoria, estos niños predicadores sacaban varias ventajas a sus maestros frailes. Una de ellas era que disponían de más libertad y posibilidad de movimiento que éstos, y en virtud de las cuales iban "a todos los fines de esta Nueva España" sin preocuparse por si había monasterios. Seguían para esto las rutas de los mercaderes indígenas que eran "los que calan mucho la tierra adentro".<sup>290</sup> Cabe, pues, suponer que gracias a los niños predicadores el radio de la evangelización se extendió mucho, a la vez que fue allanado el camino de la conversión para los habitantes de lugares pocos accesibles. Otra ventaja era que, siendo hijos de señores y principales, al ser enviados a sus pueblos de procedencia, allí eran recibidos con respeto por la gente común, y contando con la autoridad de sus padres, podían dar "orden cómo se juntasen [sus padres, parientes y vasallos] ciertos días para ser enseñados".<sup>291</sup> Desde luego, sus palabras serían escuchadas atentamente por el auditorio.

Un segundo aspecto de los niños instruidos por los frailes fue de carácter mucho más opresivo e implacable: eran jubilosos destructores de los templos e ídolos, y terribles delatores de los mayores idólatras clandestinos. De nuevo escuchamos a Gante, que en la ya varias veces citada carta de 1529 decía: "Nosotros con ellos vamos a la redonda destruyendo ídolos y templos por una parte, mientras ellos hacen lo mismo en otra, y levantamos iglesias al Dios verdadero".<sup>292</sup> Esta campaña destructora de templos e ídolos, iniciada como un acto de osadía por tres frailes el 10. de enero de 1525 en Tetzco, <sup>293</sup> fue proseguida victoriosamente por los muchachos, que veían "con voces de alabanza y alarido de alegría" la caída de "los muros de Jericó", mientras quemaban "los que no lo eran espantados y abobados, y quebradas las alas, como dicen, del corazón, viendo sus templos y dioses por el suelo".<sup>294</sup> Antes bien, los españoles temieron que la destrucción pudiera "indignar y alborotar [a] los indios".<sup>295</sup> Hagamos conciencia del efecto psicológico que estas escenas causaron en los indios mayores en cuyo pasado inmediato la destrucción del templo determinaba la suerte de los pueblos en las guerras. Los que veían incendiado el suyo la perdían, y el cautiverio de sus dioses en el coacalco de Tenochtitlan significaba su obediencia a la capital lacustre.<sup>296</sup> Los templos, que antaño habían sido centro de su vida toda, ahora se con-

<sup>289</sup> *Loc. cit.*

<sup>290</sup> *Ibid.*, p. 226.

<sup>291</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>292</sup> García Icazbalceta, 1954, p. 104.

<sup>293</sup> Motolinía, 1969, p. 22.

<sup>294</sup> Mendieta, 1971, p. 228.

<sup>295</sup> *Loc. cit.*

<sup>296</sup> Sahagún, 1969, t. I, p. 234.

vertían a manos de sus propios hijos en escombros a la vista de ellos. Una última resistencia del mundo mexica en vías de desmoronamiento se tradujo en la forma trágica de martirio de unos muchachos predicadores.<sup>297</sup>

El ánimo exaltado de los muchachos neófitos no supo detenerse. No contentos con la destrucción material de templos e ídolos, se hicieron también cargo de descubrir y delatar las prácticas y costumbres recónditas de la idolatría que seguían los mayores a las espaldas de los frailes. De día iban de espionaje por donde había señales de ellas, y de noche en plena celebración de banquetes, fiestas o areitos caían con uno o dos frailes sobre los participantes y “prendíanlos a todos y atábanlos y llevábanlos al monasterio, donde los castigaban y hacían [hacer] penitencia y los enseñaban la doctrina cristiana”.<sup>298</sup> Estos cazadores de idólatras se hicieron temer tanto que poco después ya no era necesario que fuesen acompañados por frailes ni en grupos numerosos. Bastaba con que fuesen en cuadrillas de diez o veinte para traer presos cien o doscientos culpables al monasterio para entregarlos a los frailes. Gracias a sus actividades policíacas, “nadie en público ni de manera que se pudiese saber osaba hacer nada que fuese de cosas de idolatría o de borrachera o fiesta”.<sup>299</sup> Aunque, por supuesto, esta cacería no aseguraba la “destrucción” de ritos y prácticas paganos ni menos. Nuestro citado historiador etnógrafo estaba consciente de esto más que nadie.<sup>300</sup>

Junto con la destrucción de templos e ídolos y la delatación de prácticas idólatras, hay una tercera ofensiva que lanzaron estos muchachos contra el mundo pagano prehispánico. Nos referimos a la muerte violenta que infligieron a un sacerdote del dios Ometochtli unos jóvenes de Tlaxcala recién instruidos por los primeros franciscanos en dicha tierra. Remitiendo la mayor parte del relato del incidente a Motolinía,<sup>301</sup> nos fijaremos sólo en las siguientes palabras suyas: al ver caer muerto a pedradas al sacerdote pagano, “todos los que creían y servían a los ídolos y la gente del mercado quedaron todos espantados, y los niños muy ufanos”; “En esto ya habían venido muchos de aquellos ministros muy bravos y querían poner las manos en los muchachos, sino que no se atrevieron. . . antes estaban como espantados en ver tan grande atrevimiento de muchachos”.<sup>302</sup>

Tremendo tuvo que ser este “espanto” o impacto que se había apoderado de todos los testigos presenciales de la lapidación. Aún no hacía mucho que se habían establecido ahí los franciscanos, y la evangelización apenas se había puesto en marcha. Sólo unos centenares de niños y mozuelos se sometían a una instrucción intensiva de cristianización, pero eran una minoría totalmente insignificante en cuanto al orden numérico dentro de una población numerosa que seguía con toda fidelidad la creencia religiosa tradicional. Pero el hecho es que parte de esa minoría casi ridícula se rebeló tan de repente, en presencia de la muchedumbre que llenaba el mercado, contra todo el sistema de valores de larga y férrea raigambre del país, hasta que acabó con uno de aquellos sacerdotes respetados y temidos, personajes sólo dignos de “tanto acatamiento y reverencia que apenas osaba la gente alzar los ojos para mirarles”.<sup>303</sup> En verdad, tuvo que ser un golpe

<sup>297</sup> Motolinía, 1969, pp. 176-181.

<sup>298</sup> Sahagún, 1969, t. III, p. 163.

<sup>299</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>300</sup> *Loc. cit.*

<sup>301</sup> Motolinía, 1969, pp. 174-176.

<sup>302</sup> *Loc. cit.*

<sup>303</sup> *Ibid.*, p. 174.

de atrevimiento jamás imaginado por ninguno de los presentes a cuya alma hendió como un rayo, destrozando todo su mundo interno. El que los muchachos ejecutores fuesen hijos de señores y principales tal vez influyera algo en que los "ministros muy bravos" no se hubiesen atrevido al fin a poner las manos en aquéllos, pero no puede haber sido factor decisivo. Antes bien, les había impedido de todo acto de represalia el "ver tan grande atrevimiento de muchachos".

Se suele hablar del trauma de la derrota militar sufrida por el pueblo mexicana. No vamos a la zaga en reconocerlo, y así lo hemos sostenido en capítulo anterior. Pero este incidente de Tlaxcala creemos que fue tanto o quizá más traumático que la derrota militar. Esto lo decimos, sobre todo, teniendo en cuenta la inigualable importancia que tenía la religión en el mundo mexicana. Sólo una religión pudo dar a otra un golpe decisivo y en forma impresionante e implacable.

#### *Comienzo de la enseñanza del latín*

Todos sabemos que la vernacularización de la misa y los otros oficios de la Iglesia es un hecho muy reciente y que hasta hace poco, el uso del latín ha estado ligado en alguna que otra forma con la vida espiritual de cualquier católico, aunque muchas veces éste no entienda bien lo que decía, leía y oía en dicho idioma. Este vínculo fue mucho más fuerte en el siglo XVI, cuando el latín tenía aún plena vigencia en la vida intelectual contemporánea. Mendieta dice que al comienzo de la evangelización todas las oraciones principales, desde el *Per signum crucis* hasta la *Salve Regina* —los primeros rudimentos del catequismo—, "todo esto en latín" se enseñó a los niños indios, mientras los frailes no sabían el náhuatl.<sup>304</sup> Hemos referido que Martín de Valencia, que no supo el náhuatl, también enseñó a leer en latín a los niños junto con la presentación del alfabeto. Por otra parte, los cantos que acompañaban a los cultos religiosos en la Iglesia también se entonaban en latín. Comprendemos, pues, que el enseñar latín no era un acto que cayese en ridículo, sino completamente normal que correspondía a las necesidades concretas. Así que desde el primer momento de la evangelización, el que los indios tuviesen algún contacto con el latín era inevitable. Aunque con esto no pretendemos sostener que tal contacto implicase necesariamente su enseñanza sistemática o escolar. No. Para esto no hay datos que lo comprueben. Únicamente queremos señalar la ocasión y hasta cierta necesidad que había de que los indios se pusieran en contacto, desde fechas tempranas, con el latín.

Pero cabe suponer que el buen ingenio que los niños indios de las escuelas-monasterio mostraron en el aprendizaje del leer y el escribir despertó en algunos religiosos una segunda ambición: la de enseñar el latín a la manera europea, es decir, como el paso inicial para los estudios mayores. Y de hecho, a principios de la cuarta década del quinientos comenzó en Nueva España su enseñanza en forma escolar.

Por lo pronto, es imposible determinar con precisión y certidumbre el año de su comienzo. Torquemada dice que el segundo presidente de la Audiencia de México, Sebastián Ramírez de Fuenleal, fue "el primero que introdujo que se mostrase gramática latina a algunos indios en esta Nueva España para ver sus ingenios".<sup>305</sup> Efectivamente, estas palabras del cronista franciscano quedan confir-

<sup>304</sup> Mendieta, 1971, p. 218.

<sup>305</sup> Torquemada, 1969, t. I, p. 607.

dio, queda descrita en su primer periodo 1523-1535 de acuerdo con lo que hemos establecido al principio. A continuación, nos ocuparemos de los tres restantes.

### *Enseñanza catequística en el patio*

Durante los primeros años de evangelización, tuvieron que habérselas los misioneros con una experiencia sin precedentes en la historia de la Iglesia: una multitud interminable de solicitantes del agua de bautismo, una vez vencido el periodo de frialdad y recelo que duró "más de tres años". Son muy conocidas las cifras que da de los bautizados el "curioso y cuidadoso" Motolinía.<sup>323</sup> Otro de los "doce", el propio Martín de Valencia, informó al comisario general cismontano el 12 de junio de 1531 que cada uno de sus compañeros primitivos había bautizado "más de cien mil".<sup>324</sup> No tiene mucha importancia para nosotros discutir si son aceptables o no estas cifras. Baste con que nos quedemos con la certidumbre de que entonces aconteció un verdadero desbordamiento de conversiones jamás conocido "desde el principio de la primitiva Iglesia hasta este tiempo que nosotros estamos".<sup>325</sup> La simplificación de la ceremonia de bautismo a que se vieron obligados a ceder los franciscanos, y la consecuente polémica que surgió entre éstos y los dominicos son una prueba que basta y sobra.

Aun después del bautismo, el desafío de la numerosidad no cejó en plantear problemas a los misioneros. Ahora éstos tenían que solucionar, entre otros, el de cómo ir afianzando el cultivo de la nueva fe acabada de sembrar en los neófitos americanos. A todos estaba claro que el único recurso disponible que se lo asegurase era darles clases continuas de catecismo, dirigidas particularmente a los niños. Así, pues, se ideó y organizó un sistema de instrucción en masa celebrado en la explanada delante de las iglesias, llamada atrio o patio. Lo describe Mendieta en los siguientes términos: "Todos los monasterios de esta Nueva España tienen delante de la iglesia un patio grande, cercado, que se hizo principalmente y sirve para que en las fiestas de guardar, cuando todo el pueblo se junta, oyan misa y se les predique en el mismo patio. . . los patios [están] muy barridos y limpios, que generalmente están adornados con árboles, puestos por orden y renglera".<sup>326</sup>

Un ejemplo muy conocido de estos patios era el de San Francisco de México, descrito muy gráficamente por un testigo contemporáneo en el siguiente tenor: "cuadrangular, más largo que ancho, cercado por todas partes de paredes altas de piedra, éntrase a él por dos puertas, la una que mira al septentrión y la otra al occidente, a cada una de las cuales responde otra de la iglesia principal del monasterio. Al derredor de las paredes va rodeado de altos y copiosos árboles. En el medio está levantada una cruz de madera, tan alta que de fuera de la ciudad se ve de tres a cuatro leguas. A la mano izquierda, por la puerta del septentrión, tiene una capilla que se llama San José, a la cual se sube por dos gradas; es muy grande y está fundada sobre muchas columnas que hacen siete naves. . . Cabrán en esta capilla y patio cuarenta mil hombres".<sup>327</sup>

El patio, que constituye la novedad más asombrosa en el conjunto arquitec-

<sup>323</sup> Motolinía, 1969, pp. 83, 85; Mendieta, 1971, p. 275.

<sup>324</sup> Mendieta, 1971, p. 601.

<sup>325</sup> *Ibid.*, p. 275.

<sup>326</sup> *Ibid.*, pp. 418-419.

<sup>327</sup> Cervantes de Salazar, 1963, p. 185.

tónico religioso de Nueva España sin verdadero paralelismo alguno en España ni en el resto de Europa, era un elemento sintetizado, bajo condiciones peculiares del país, de modelos antiguos para dar satisfacción a las demandas nuevas.<sup>328</sup> Era consecuencia de la enorme desproporción numérica entre ministros de la Iglesia y fieles que jamás se ha solucionado en forma debida en Hispanoamérica. Aun bien entrada la segunda mitad del siglo XVI, la mayoría de los monasterios franciscanos estaban habitados por dos o tres o cuatro frailes.<sup>329</sup> Otro tanto se podrá afirmar de los de las otras dos órdenes mendicantes. Claro que se trataba de un equipo de personal totalmente insuficiente para atender satisfactoriamente una grey nada escasa en las múltiples tareas de apostolado, sobre todo, en los primeros tiempos.<sup>330</sup> Sólo una obra de adaptación a la realidad como el patio, provisto de una capilla abierta dispuesta de tal modo que "mientras el sacerdote celebra el divino sacrificio, puedan oírle y verle sin estorbo los innumerables indios que se juntan aquí los días festivos", podía aliviar un poco una situación tan embarazosa.<sup>331</sup> Según la tradición cristiana, el celebrar la misa al aire libre constituye casos muy excepcionales, pero la realidad novohispana exigía que este modo excepcional de celebración de la misa se convirtiese en normal. Fue tan grande la importancia que tuvo el patio con su capilla abierta durante los años de convención precipitada que quizá quepa afirmar que sin esta obra de improvisación y la flexibilidad con que la adaptaron los frailes, la evangelización de la masa indígena hubiera marchado mucho más dificultosa.

Otra actividad de no menor importancia que la celebración de la misa tuvo lugar en el mismo patio: la enseñanza de los rudimentos de la doctrina cristiana para los hijos de la gente común. Disponemos de una buena descripción de la época sobre cómo se llevaba a cabo dicha enseñanza catequística en el patio, cuya claridad nos invita otra vez a copiarla textualmente. Dice: "cada día en amaneciendo se juntan en los patios de las iglesias los niños hijos de la gente plebeya, que ellos llaman macehuales, y las niñas hijas de macehuales y principales, y luego de mañana antes de que se diga la misa, los cuentan y buscan por sus barrios o tribus, según están repartidos; y después de misa (la cual entre semana siempre se dice de mañana por las muchas ocupaciones que tienen los religiosos), luego se reparten por el patio asentados en diversas turmas, conforme a lo que cada uno

<sup>328</sup> McAndrew, 1965, p. 202.

<sup>329</sup> De acuerdo con la relación franciscana compuesta en 1585, de los 67 monasterios pertenecientes a la Provincia del Santo Evangelio de la mencionada orden, sólo los siguientes contaban con un personal superior a cuatro: México, 70; Puebla, 40; Cholula, 22; Toluca, 20; Xochimilco, 20; Cuamantla, 10; Tlaxcala, 8; Cuauhnhuac, 6; Huexotzinco, 6; Tetzaco, 6; Tlatelolco, 6; Tacuba, 5; Tulancingo, 4.

<sup>330</sup> De lo ocupados que estuvieron los religiosos durante el siglo XVI, dice Mendieta lo siguiente: "el común ordinario de esta tierra era un mismo fraile contar la gente por la mañana, y luego predicarles, y después cantar la misa, y tras esto bautizar los niños, y confesar los enfermos (aunque fuesen muchos), y enterrar si había algún difunto. Y esto duró por más de treinta o cuasi cuarenta años" (Mendieta, 1971, p. 249). Con toda razón, podía decir Martín de Valencia a dos años de venido a Nueva España que estimaba más esos dos años en ésta que los treinta en España (*ibid.*, p. 585). Ni al jerarca más alto de la Iglesia novohispana se le permitió vivir más desahogado de quehaceres. Una vez escribió Zumárraga lo siguiente: "Es tanta la ocupación continua mía con ellos en las cosas de su instrucción y matrimonios y quitarles ídolos y ritos gentílicos que apenas puedo decir si no es de noche, con la multitud que continuamente me sigue, así fuera como en casa, que es cosa increíble" (García Icazbalceta, 1947, t. IV, p. 159).

<sup>331</sup> Cervantes de Salazar, 1963, p. 51.

ha de aprender, porque a unos, que son los principiantes, se les enseña el *Per signum* y a otros el *Paternóster* y a otros los mandamientos, según que van aprovechando; y vanles examinando y requiriendo para subir de grado, y cuando ya saben toda la doctrina y dan buena cuenta de ella, tiénese cuidado de despedirlos y enviarlos a sus casas para que los varones ayuden a sus padres en la agricultura o en los oficios que tuvieren, y las muchachas tengan compañía a sus madres y aprendan los oficios mujerieles con que han de servir a sus maridos".<sup>332</sup> Uno de los maestros de la enseñanza en el patio, Pedro de Gante, escribió el 15 de febrero de 1552 a Carlos I, describiendo sus propias actividades en el de San Francisco de México en los siguientes términos: "En esta ciudad de México, dentro del patio de San Francisco, hay una capilla que se dice San José, que fue la primera iglesia que en esta tierra se hizo, y donde han siempre sido doctrinados los indios de los frailes de San Francisco, y yo he trabajado con ellos de día y de noche más ha de treinta años, estando continuamente con ellos en una escuela que está junto con esta capilla, donde les he enseñado cantar, tañer y enseñado la doctrina, y siempre he tenido cargo particular y cuenta con ellos".<sup>333</sup>

Se deduce de lo transcrito que las clases de doctrina se daban todos los días en la frescura del amanecer. Merece la pena destacar el que a pesar de ser tan pocos y estar siempre tan ajetreados los frailes no se ahoraban esfuerzos en instruir a sus discípulos esmerada y cuidadosamente, dividiéndolos en varios grupos según la materia de aprendizaje y luego examinándolos uno por uno hasta que aprendiesen bien todo lo fundamental de la doctrina. No planearon recurrir cómodamente a una enseñanza en masa sin atención individual. El catecismo consistía en enseñarles a aprender de memoria las oraciones principales, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, la declaración del pecado venial y el mortal, los pecados mortales y las virtudes, las obras de misericordia, los dones del Espíritu Santo y otros artículos, según se ve en la doctrina cristiana breve compuesta por Alonso de Molina.<sup>334</sup>

Vemos que la materia de enseñanza era amplia y que su aprendizaje de memoria no sería tan fácil para aquellos hijos de macehualtin, entre los cuales, a diferencia de los pipiltin que tenían acceso al calmécac, no había habido antes de la conquista hábito tradicional de ejercitar aprendizaje mnemotécnico. Se necesitaba algún medio que se lo facilitase, y no tardó en descubrirse. En 1558 Gante escribió a Felipe II recordando sus primeros días de misionero en Nueva España: "y es que toda su adoración de ellos a sus dioses era cantar y bailar delante de ellos. . . y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicados a sus dioses, compuse metros muy solemnes sobre la ley de Dios y la fe, y cómo Dios se hizo hombre por salvar al linaje humano, y cómo nació de la Virgen María, quedando ella pura y sin mácula".<sup>335</sup> En ocasión anterior hemos hablado del macehualiztli prehispánico, celebrado en el cuicacalli o en los patios de los templos, que tenía mucha importancia inculcar en la mente de la gente común la historia y el espíritu del Estado mexica. También nos hemos ocupado, al hablar de la evangelización del indio, de la utilización que se hizo de la música y el canto que seguía a esta

<sup>332</sup> García Icazbalceta, 1941 (b), p. 56.

<sup>333</sup> *Cartas de Indias*, 1877, pp. 98-99.

<sup>334</sup> García Icazbalceta, 1941 (b), pp. 30-54.

<sup>335</sup> *Ibid.*, p. 206.

tradicón de instruccón oral de macehualiztli. Gante tuvo la feliz ocurrencia de aprovecharse de la misma, y su método fue imitado por otros misioneros: "A el principio para les dar saber enseñáronles el Per signum crucis, el Paternóster, Ave María, Credo, Salve, todo cantado de un canto muy llano y gracioso".<sup>336</sup> Incluso los mandamientos, los artículos de la fe y los sacramentos fueron traducidos en náhuatl "en metro" y enseñados "cantados".<sup>337</sup> El método cuadró muy bien al gusto de los indios y "fue tanto lo que se aficionaron a ella [la manera de enseñanza] y la prisa que se daban por saberla, que se estaban hechos montoncillos como rebaños de corderos tres y cuatro horas cantando en sus ermitas y barrios y casas, que por doquiera que iban de día y de noche no decían ni se oía otra cosa sino el canto de las oraciones, artículos y mandamientos de Dios".<sup>338</sup> Fácilmente se imagina el gran éxito que tuvo el método por lo menos al principio, ya que como hemos anotado en ocasión anterior, tal "afición" y tal "prisa" no duraron mucho, y se perdieron ante una corriente reaccionaria.<sup>339</sup> Con todo, el que haya calificado Mendieta el patio-escuela de San Francisco de México de "seminario de la doctrina de los indios para toda la tierra"<sup>340</sup> nos parece que confirma el buen rendimiento de esta enseñanza catequística al aire libre.

Para asegurarse de asistencia regular y de mayor eficacia de la enseñanza en el patio, los religiosos contaron con un grupo de laicos que cuidaban de traer a los niños al patio y de devolverlos a sus casas. Eran los que "los cuentan [a los niños] y buscan por sus barrios tribus", según dice una de las citas arriba transcrita. De ellos dice Mendieta: "Todas estas mozas que he dicho tienen sus maestras o madres espirituales. . . señaladas por sus barrios, que las traen a la iglesia y las guardan y las vuelven a sus casas. . . Y demás de su guarda, hay alguaciles diputados de la iglesia que miran por ellas. Los niños y niñas pequeñas tienen viejos por guiadores que los traen de sus casas y los vuelven a llevar".<sup>341</sup> Uno de los artículos de la recién publicada *Ordenanza de Cuauhtinchan* dice: "Serán obligación de los tequitlatoque el traer a los macehuales al tiempo, cuando sea día de fiesta para que vengan a oír misa y a aprender la doctrina cristiana, todas las personas, niños y viejos"; "A los niños los traerán junto a los hombres grandes, y a las niñas las traerán junto a las mujeres grandes para que aprendan honestidad y castidad".<sup>342</sup> Desde luego, esto nos recuerda una costumbre semejante prehispánica.<sup>343</sup>

De la última cita, sabemos que no solamente a los niños y niñas tenía por objeto la enseñanza catequística en el patio, sino a los adultos también. Éstos estaban obligados a acudir al patio los domingos y días de fiesta de guardar para aprender la doctrina con el mismo método que sus hijos, ya que prácticamente entre éstos y aquéllos no podía haber diferencia en cuanto a la materia de ense-

<sup>336</sup> Motolinía, 1969, p. 131.

<sup>337</sup> *Loc. cit.*

<sup>338</sup> Mendieta, 1971, p. 225.

<sup>339</sup> Por otra parte, sin embargo, la afición de los indios a la música fomentada por los frailes fue tanta que en la segunda mitad del siglo XVI paró en dar lugar a muchos abusos de los músicos y cantores indios que se criaban "grandes holgazanes" y amigos de vicios, en tal forma que la Corona se vio obligada a despachar el 19 de febrero de 1561 una cédula disponiendo que "se modere y que no haya exceso en ello" (Genaro García, 1907, pp. 141-142).

<sup>340</sup> Mendieta 1971, p. 434.

<sup>341</sup> *Ibid.*, p. 419.

<sup>342</sup> Reyes García, 1972, p. 277.

<sup>343</sup> Durán, 1967, t. II, p. 277.

fianza y al método. Pero es indudable que los niños rendían mucho más que los mayores y que los frailes ponían más esperanza en aquéllos que en éstos.

Si tanto por la necesidad de su vida material como por el concepto educativo predominante entre sus maestros, del que hemos hablado antes, estos hijos de la gente común no tenían acceso a la enseñanza superior, no quería esto decir que con la instrucción religiosa que acabamos de describir se diese por concluida su escolaridad. Las fuentes nos hablan de otra clase de educación, que dado su carácter práctico-utilitario se nos permite conjeturar que estaba destinada principalmente a los hijos de macehualtin.

#### *Educación práctica con miras a la capacitación profesional*

Antes hemos aludido al gran acierto que Acosta señaló de la necesidad de "humanizar", o sea, enseñar a vivir con "policía" y "buenas costumbres", a los indios antes de cristianizarlos. Parte importantísima de esta "humanización" la constituía el que los naturales, una vez sometidos al sistema político-económico-social de los europeos, aprendiesen, les gustase o no les gustase, a vivir con arreglo a sus cánones de vida. De fracasar en estos esfuerzos por cambiar el modo de vida comprometerían su suerte en el porvenir en tal forma que se condenarían inexorablemente a una existencia marginal dentro del aparato comunitario de nuevo cuño. Uno de esos cánones de vida impuestos por el régimen poscortesiano era que cada cual supiese ganarse honradamente la vida con ejercicio de algún oficio, cobrando por sus servicios prestados y pagando sus necesidades de vida mediante el uso del dinero. En otras palabras, era el incorporarse al sistema económico monetario de vida europea. Esto suponía, claro está, una educación cívica que preparase a uno para la vida de ciudadano en el pleno sentido de la palabra, sin lo cual la integración del indígena a la vida novohispana carecería de fundamento.

La rica tradición artística de los antiguos mexicas había sobrevivido a la destrucción de su vida política sin caer en desprecio ni en olvido. Al contrario. Las obras de orfebres, lapidarios, amanteca y otros artífices indígenas habían ganado en fechas anteriores a la caída de Tenochtitlan la admiración de Cortés, quien escribió a Carlos I lo siguiente: "¿Qué más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma, que ni de cera ni en ningún bordado se podría hacer tan maravillosamente?".<sup>344</sup> Ni tampoco el escrúpulo ortodoxo había cegado el sentido artístico-estético de los frailes,<sup>345</sup> y uno de ellos apuntó lo siguiente sobre el ingenio de los naturales: "El que enseña a el hombre la ciencia, ese mismo proveyó y dio a estos indios

<sup>344</sup> Cortés, 1970, p. 66.

<sup>345</sup> La intransigencia religiosa de los españoles del siglo XVI tenía un reverso de signo curiosamente contrario, pues ahí había "un hábito de combinar o dejar coexistir formas artísticas, culturales e incluso religiosas de origen oriental y occidental, tan arraigado en los hispanos por la índole de su historia medieval. Sólo partiendo de una mentalidad tradicionalmente tolerante e integradora de las formas artísticas y culturales venidas de Oriente, se podría admitir el mestizaje con formas de arte y de cultura del extremo Occidente americano" (Díez del Corral, 1963, p. 229).